

LA CANTINA DEL CALVO



Un acto mayúsculo de generosidad

CÉSAR PÉREZ GELLIDA

El momentazo llegó minutos antes de que asaltaran el escenario del Intro Music Festival. Andaba yo molestando en la zona de camerinos cuando, de forma silenciosa e improvisada, los miembros que integran la banda de Iván Ferreiro fueron desapareciendo del camerino. Siguiendo un particular ritual de concentración, cada uno se preparaba para el que iba a ser el último concierto de una gira –la de Casa– que, durante más de tres años, les ha llevado a recorrer toda la geografía española con el que es hasta la fecha el mejor álbum publicado del artista vigués. Iván caminaba en círculos, cabizbajo y con las manos a la espalda, esperando a que Manolón, su ‘tour manager’ y persona de confianza del grupo, les avisara. Amaro Ferreiro, Ricky Faulkner, Xavi Mole, Marta Toro, Emilio Sainz y Pablo Novoa, cada uno a su manera, se preparaban mentalmente para vaciarse frente al público que ya abarrotaba el recinto de la Feria de Muestras y que ya andaba calentito, a pesar de la hora –dos y cuarto de la tarde–, tras el bolazo que se marcaron los murcianos de Viva Suecia. No hacía falta ser muy listo para saber que tocaba mantenerse al margen. Y eso hice. Cuando llegó la hora, los siete ocuparon un metro cuadrado para abrazarse conformando un círculo, y fue entonces cuando Iván me buscó y con la mirada hizo una señal. No daba crédito. Quería que yo me integrara en aquel aquelarre de talento y, superando el pudor correspondiente, acepté la invitación. Puede que haya sido uno de los instantes más bonitos que he tenido la suerte de vivir. Compenetrados, avanzaron un pie hacia el centro y comenzaron a recitar una fórmula mágica que, he de reconocer, me dejó un tanto aturrido y completamente emocionado. No sé cuánto tiempo tar-

dé en bajar de la nube, pero cuando por fin regresé a la realidad, me percaté de que aquello no podía sino responder a un acto mayúsculo de generosidad. No era el primero que Iván tenía conmigo. El primero fue cuando me abrió las puertas de su casa durante tres días para componer tres canciones con un tipo al que no conocía y que no tenía ni idea de lo que ello implicaba. Después de aquel, llegaron otros. Muchos.

De las acepciones de la RAE sobre la cualidad de ser generoso, a Iván Ferreiro le encaja la segunda: «Que obra con magnanimidad y nobleza de ánimo». Por eso está siempre rodeado de personas que lo quieren más allá de la admiración que provoca el genio; por eso desprende un magnetismo inagotable; por eso arrastra un público leal que se entrega a su música en cuerpo y alma; por eso está donde está: en lo más alto del panorama musical español como artista único e irreplicable que es.

Como irreplicable fue el concierto que se marcaron el sábado, premiado por una larguísima ovación de los cinco mil privilegiados que pudimos asistir al cierre de una etapa a la que seguirá otra distinta y cuya melodía ya hierve en la cabeza de Iván. La jornada se completó con las soberbias actuaciones del resto de grupos que completaban un cartel difícil de igualar, destacando –para mi gusto, claro– las de Shinova y León Benavente, confirmando el Intro Music como el festival de invierno más importante del país. Enhorabuena a Dani Martínez y a todo su equipo.

¡Y qué envidia insana sentimos los escritores –yo, al menos– hacia los músicos, privilegiados ellos que tienen la suerte de poder alimentarse de la inagotable energía que emana de sus seguidores durante los directos!

Quizá todo sea cuestión de eso: de generosidad.

RAMÓN

CARTAS AL DIRECTOR
Un cesto de mimbre

Un cesto de mimbre puede ser el ejemplo, figurado, de un gobierno, grande o pequeño, pero un gobierno democrático. Hace años, y durante casi cuarenta, los mimbres, para hacer el cesto –el gobierno–, se recogían en un río. Un cesterero en una orilla; el otro, en la otra, la contraria, y con los juncos, con las mimbres de las dos orillas, hacían el cesto juntos, en él cabían todos, y era fuerte, robusto y duraba cuatro años. Luego podía cambiar el cesterero, pero las mimbres, la base, eran iguales, todos del mismo río, de sus dos orillas. Ahora, con el cambio climático y otros cambios, el río ha menguado, sus orillas no dan tanta mim-

bre, y para hacer el cesto, el cesterero, inexperto él, pide ayuda: que le dejen unos juncos para completar su cesto. Y los que tienen algunos juncos, de peor calidad, ninguno de ese río, piden por unos pocos juncos, uno o dos solos, todo el valor del cesto o no se los dan. Así está el cesterero ahora, fallido ya antes, sin terminar el cesto. Esperando unos juncos malos, y tener que pagar por todo el cesto. Y puede que acabe el cesto, mal saldrá el cesto, pero con un junco que se rompa, que falle. Se rompe el cesto, se rompe el gobierno del cesterero, ya una vez fracasado.

MIGUEL ORTEGA CEBRIÁN

Tres opciones

En estos tiempos en los que las jornadas de trabajo son excesivamente prolongadas y los horarios disparatados, tratar de conciliar la vida laboral con la familiar –ese a ser un derecho tanto del adulto como del niño– sigue siendo un tema que no acaba de resolverse. Sucede que, con la llegada al mundo de un niño y pasado el correspondiente período de lactancia por maternidad, se produce el momento de la vuelta al trabajo y ¡ojo! de analizar con quien se quedará la criatura. Entre las tres opciones principales que se presentan, aparece en primer lugar el de la niñera, persona extraña a la familia en la que hay que confiar, y a la que se le supone suficientemente preparada en base a sus recomendaciones de amis-

tades o agencias especializadas. En segundo lugar, las guarderías o jardines de infancia, siendo muy conveniente visitarlas previamente con detenimiento para asegurarse de que cumplen a rajatabla los requisitos de higiene y seguridad. Y en tercer lugar, dejadlo al cuidado de un familiar (la más cómoda y económica) aunque puede generar conflictos porque, precisamente por la relación de afecto existente, ni suelen ponerse normas ni límites.

CARMEN TRASOBARES LÓPEZ

La discusión

La discusión, no importa sobre el tema de que se trate, es actualmente uno de las actividades más recurrentes. Porque cualquier propuesta de las infinitas que se nos pueden presentar a lo largo del

día, puede ser materia de ser discutida. Ahora bien, mientras hubo una época, en la que tenían mucho de cambio de ideas –a base de exponer tranquilamente los pareceres propios y escuchar atentamente los ajenos– ahora, por el contrario, los objetivos han cambiado sustancialmente, siendo tan solo para que el otro sepa que queremos y como pensamos. Así, en la actualidad, lo que impera es el diálogo de sordos no conducente a ninguna parte, importando mucho el discurso endilgado al de enfrente, si, y nada –o bien poco– lo que el otro piense. Y es que, pese a que el debate entre diferentes formas de pensamiento hace crecer a una sociedad, lo que prima hoy día es –lisa y llanamente– el mero hecho de tener razón, lamentablemente.

CASILDA CALDERÓN SÁNCHEZ

Las cartas no sobrepasarán los 600 caracteres con espacios.

cartas.nc@elnortedecastilla.es

Con ciencia

MARÍA MAIZKURRENA



Los movimientos ‘Fridays for Future’ y ‘Extinction Rebellion’ tienen como base una marea de jóvenes que han pasado de la conciencia a la acción, de la alarma a la protesta. Son chicos y chicas que van de las aulas a la calle. En las aulas aprendieron a entender a los científicos que nos avisan sobre la crisis climática, y es su misma juventud la que mezcla su oposición y su desasosiego con un nuevo vigor y una nueva esperanza. Bjorn Stevens, director del Instituto de Meteorología Max Plank, ha dicho que no tiene ninguna esperanza en la cumbre del clima. Y es que ha visto muchas. Considera, sin embargo, que es preciso dar opciones a los ciudadanos, de modo que, en su vida cotidiana, puedan utilizar recursos menos dañinos. Los jóvenes que quieren empujar el tren de la descarbonización no pueden evitar tener esperanza. Para ellos, el mundo es nuevo y es

su futuro el que se juega en el juego destructivo de donde salen los beneficios de las industrias que dominan el mundo. No se resignan. Tienen demasiada energía. Su acción y sus acciones son contagiosas, transmiten la conciencia que ha nacido de la ciencia.

«Ciencia, ciencia, ciencia» ha dicho Nancy Pelosi cuando le han preguntado por los negacionistas. La presidenta del Congreso de EE UU ha venido a Madrid para mostrar que si el Gobierno federal de su país no está representado en la cumbre, muchos americanos influyentes, organismos públicos y privados y gobiernos estatales están implicados en la lucha. Ursula von der Leyen, la nueva presidenta de la Comisión Europea, ha anunciado en la conferencia de la ONU que en marzo presentará la propuesta de ley europea de transición hacia la neutralidad climática, base legal de un ‘Green Deal’

que reducirá las emisiones y creará empleo. Habrá muchos obstáculos en el camino, pero la rebelión de los jóvenes es un apoyo. Sobre los curiosos seres que niegan el cambio climático, Bjorn Stevens ha dicho que «hay gente que cree en Papá Noel, en los marcianos, en cualquier cosa». «El problema –añadió– son quienes tratan de manipular el debate para sacar partido de ello». ‘Ello’, digo yo, será la manipulación en sí y la capacidad de muchas personas para creer en Papá Noel o en la Tierra plana.

La credulidad y la pervivencia de mentalidades intocadas por la revolución científica son fascinantes, pero la estructura moral de las personalidades de las que, cual ectoplasmas, brotan declaraciones que promueven la desconfianza en la ciencia produce perplejidad y curiosidad a partes iguales. A estos otros seres se les conoce enseguida porque usan mucho la palabra ‘alarmismo’. Hay una variedad mucho más cuca: son los que se suben al tren de la descarbonización para tratar de quitarle alguna pieza al motor o escurrir el bulto a la hora de pagar el pasaje. No sé yo por qué me parece que el alcalde de Madrid es uno de ellos.